

Sobredosis de T-V: fuera de foco

Santiago Sánchez Franco

Recuerdo que a mis once o doce, cuando era apenas un neófito en los goces del culto a Onán, seguramente por petición de mi madre, mi padre entró de improviso a mi habitación, donde yo yacía plácidamente dormido. El estruendo de la madera al sacudir el aire hizo que las paredes y los vidrios en las celosías temblaran para despertarme de un brinco. Mi papá había ido a cerciorarse de que mi hermano, de poco más de un año en aquel entonces, no estuviera pasando frío o estuviera despierto y próximo a llorar de hambre en la cama contigua. Era medianoche y el televisor estaba encendido aún, única fuente de iluminación, en Cinemax, cuando el logo tenía un círculo que resaltaba el «-max» en un costado. Había quedado noqueado llegando al final de *Cementerio de mascotas*, la del 89, y cerca de media hora después, acorde al reloj de la pared, mi padre vio que quien encendía la pantalla era la voluptuosa Krista Allen en *Emmanuelle*. Cualquier argumento que hubiera intentado tejer con respecto a la infortunada pero risible casualidad, solo habría hecho caer la filosa hoja del hacha luego de la mirada de verdugo que me apuntó, como si me hubiera encontrado robando de su billetera. Apagué el televisor, giré cientoche y con mi mejor voz de adormecido solo dije: «Buenas noches».

Años y años después, hace una semanas, esa misma inquisitoria y punzante sospecha que había sentido mi padre me nubló a mí el sentir... En uno de esos milagros en que hay algo bueno en los canales, llegó un mensaje al chat del celular; para atenderlo silencié la tele y lo que me aturdió fue escuchar el *jingle* de entrada de *La Noche*, conducida por la adalid de la veracidad, Claudia Gurisatti, desde el televisor de mis padres. El estruendo de esa impresión mezquina e indigna, tan fuerte como el de la puerta al abrirse aquella medianoche de mi adolescencia, me hizo posponer el mensaje del móvil, reducir el volumen de la pantalla y cambiar el canal. Esa rubia, pálida e insulsa como una paciente comatosa, abría los ojos y vociferaba, con colérico rostro, que las oleadas de «vándalos» habían dejado varias comisarías destruidas y que la vida de los pobrecitos verdes, acorazados paladines de la corrupción, había sido puesta en grave peligro, presentando unos videos convenientemente editados. Me dispuse a subir las escalas para atestiguar, con morbosa rabia, a mis padres viendo atentamente el discurso tan sabidamente «imparcial» de Gurisatti. En mi adultez se quebraron una vez más mis esperanzas de niño; la ilusión de solo verlos dormidos en la mala casuali-

dad de tener ese programa en el fondo luego de la última novela de la noche no fue más que un espejismo. Como mi hermano no andaba despierto para hablar de alguna cinta, lectura o banda, me obligué a seguir el paso hacia la habitación del fondo del segundo piso, a buscar cualquier tontería en cualquier bolsa para disimular la frustración.

—Madre —le dije antes de que se durmiera—, es posible que mañana vaya al parque de Rionegro a un encuentro que va a haber al frente de la alcaldía y caigan los de la universidad.

—¿Tiene que ver con las marchas? ¿Tienen permiso?

—Ma, las marchas son un derecho y no necesitan permiso.

—A mí sí me parece que deberían tenerlo —contestó con la misma mueca que siempre ha hecho cuando quiere demeritar algo que no le agrada y lavarse las manos, ese gesto de «es mi “humilde” opinión y no pienso cambiarla».

Días antes el panadero del barrio trajo un domicilio a la puerta: los pasteles de guayaba y arequipe con queso que se pueden oler desde dos o tres cuadras cuando los hornos están prendidos en las tardes de domingo. Mi padre atendió:

—¿Cómo andan las cosas en la calle? —preguntó.

—Por aquí no se ve nadie, como tiene que ser —replicó el tendero—; pero en Rionegro como que sí hay mucho trancón. ¡Es que estamos en toque de queda, pero esos manifestantes no entienden y no hacen sino bulla y desobedecer y jodernos a todos!

Mi padre no le respondió nada, ni la más breve onomatopeya de afirmación escuché venir de la entrada, pero estoy seguro de que asintió con la cabeza antes de cerrar la puerta. No pude sino resoplar y sonreír con tristeza, sometido e indignado, notando cómo en repetidas ocasiones las generaciones anteriores han creído y alardeado que las canas son testimonio de la sabiduría y la moral, como profetas elegidos para regar la voz del evangelio con una razón infalible e inamovible. Pienso en el montón de personas que caminarán hacia sus cuartos para ver el *reality show* de turno, los programas de chismes, el partido de fútbol, regodeándose en el calor de la colcha y el sabor del pasabocas a la mano, sintiéndose más seguras en las paredes de sus prisiones voluntarias, cayendo en el letargo de la tarde con la certeza de que todo está muy bien y lo malo es solo una ficción que atañe a los que están allá, lejos, al otro lado de la pantalla.

Atendiendo a lo que tenía en mi móvil luego de bajar las escalas, derrotado, volví a sentir el escalofrío que me dio el grito mortal de *Cementerio de mascotas*, cuando el padre no puede hacer más que ver horrorizado el momento en el que su hijo se encuentra con un camión a toda velocidad luego de perseguir una cometa por el aire. En el cine solo he visto otro grito así: Al Pacino —o Michael Corleone— se desmaya después

de gritar extendidamente al ver que una rosa de sangre brota del pecho de su hija quinceañera en *El Padrino III*. Pero, aquella noche de principios de mayo, en la pantalla de mi móvil una señora removía la tela rosa que cobijaba un bulto tirado en el suelo para descubrir que su vida ya no iba a ser la misma. «¡Ayúdenme!» gritaba repetidamente y dando vueltas, viendo si entre los mirones que la rodeaban hubiese alguno con el poder de rebobinar al cadáver y hacerlo levantar del piso como un Lázaro moderno. El cine tiene y permite grandes momentos de verosimilitud, tal vez de eso se trate en mayor parte, pero el grito de la señora no era ficticio, sino uno de esos sonidos que se abre camino hasta sacudir los tuétanos como un etéreo espectro que atraviesa el aire y las paredes por igual.

Al siguiente día, en el parque de Rionegro, al otro extremo de la alcaldía, la cajetilla que me ofrece el ventero dice que fumar causa insuficiencia cardíaca. Ojalá. Con todo este mierdero, ojalá la luz se fuera de mis ojos como hace casi treinta años atrás le sucedió a mi abuelo: ataque fulminante, ni se dio cuenta de que había muerto. Para mi sorpresa incluso matarme, voluntariamente morirme, subió de precio. Afortunadamente no eran los cigarros que dan impotencia, porque ese sí sería un lío... Enciendo el tabaco y a lo lejos me parece reconocer todo en un brazo: la subida del hombro, la caída del codo, la suavidad del antebrazo, el tono de la piel... La mano, pequeña y morena, termina su abrazo dentro del bolsillo trasero de un pantalón de hombre, el mismo que hasta hacía menos de un mes solo era un amigo y no un motivo de preocupación: cuando parece que la situación de mi país ya es razón suficiente para romperme el corazón, van juntándose las chances para desgarrarlo todavía más: la gente pasa de la gente con el desprendimiento del que hala la cadena del retrete.

Como ha sido un tiempo de tanta indolencia, básicamente leo pocos renglones, no escribo mucho, me estiro a ver películas y a acomodarme la ingle. En una de esas pasaban *300*, pero la segunda, con ese bombón impresionante que es Eva Green, la de *Los Soñadores*, haciéndola de antagonista. Varias de esas escenas, incluso varios de esos diálogos, me hacían pensar en algo que alguna vez aprehendí en nosé dónde, y que rezaba que un guerrero no lo era tanto por pelear en contra de alguien, sino por luchar en pro de quien marchaba a su costado. Y ahora, nada... total indiferencia, resonante individualismo. —Releo todo esto que escribí y no sé qué detiene los músculos de mi mano, no sé qué me impide borrar todo esto, toda esta palabrería, si todo lo que digo, hago, pienso, es un sinsentido, si esto seguramente llegará a ojos ciegos, a oídos sordos: le hablaría al espejo y tampoco me devolvería nada, lanzaría mis gritos llenos de dolor a una profunda cueva y solo retornaría el estridente silencio—.

Luego de varios días de denuncias constantes sobre censuras, información y evidencias misteriosamente borradas de las redes sociales, al igual que una generalización de «fallos» en el servicio de internet de todo el país, en otro de tantos perfiles de medios independientes que no cesó

de transmitir sobre el paro apareció un aviso: «Nos montaron a in [sic] camión de la policía en la 80 con San Juan. Repórtelo placas VOH 314. Si Andrés y yo no aparecemos reporten a nuestras familias». Me es inevitable pensar que pude haber sido yo escribiendo ese apurado mensaje, que pude haber sido yo montado a la fuerza a un camión junto con mi hermano, quien también se llama así, detenidos por los monstruos de la PONAL y, tal vez, decapitados, quemados, torturados, lanzados a algún lodazal, con total impunidad y sin respuesta para nuestra familia que de a pocos se desquiciaría. ¿Dirían que nos merecíamos una atrocidad de esas, que nos lo buscamos, como le pasó a tantos otros «vándalos», o la fatalidad les haría entender nuestros pensares y sentires, nuestras luchas, con un dolor inefable e íntimo como el del parto que años y años después de alumbrado le fue cercenado a otras familias?

Se me nubla la vista como si me zambullera en el mar; mar de sangre, sudor, lágrimas. No puedo ver más TV, tampoco puedo leer, mucho menos dormir. Solo puedo escribir para nadie, para mí, para no olvidar.